

■

Nunca me he sentido tan espantosamente solo como estos días de lluvia lenta y pertinaz. Mi casa —esta casa que he levantado de frente al sol de la mañana— se ha llenado de sombras y a través de los cristales de mi ventana favorita, adivino borrado por la ondulante cortina de agua su perfil señorial.

¿Por qué no decir la verdad? Por primera vez, siento vacilar la filosofía, quizá un poco egoísta, en que he fundado mi vida entera: nada de afectos, nada de complicaciones sentimentales que habrían, o de atraicionarme o de verse cortados por algo más fuerte que la lealtad, como la muerte, dejando en ambos casos su sedimento de amargura en el alma. Yo he sido siempre un sibarita y para paladear la vida, he querido alejarme de toda posibilidad de dolor... Por eso, con mis treinta y ocho años, vivo solo en esta casa que he levantado de frente al sol de la mañana, hoy sumida en sombras. Ni esposa, ni hijos. Yo solo, con mis trofeos de caza, con mis arreos de *sport*, y sin más nota femenina en mi casa que una guitarra sugerente de curvas de mujer.

Pero, ¡estos días!, ¡estas noches! Nunca imaginé que la soledad humana pudiera llegar a esta ansia mía de gritar a veces, por sentirme acompañado siquiera por mi propia voz. Hora tras hora me paso pegado a los cristales de la ventana, viendo caer la lluvia desesperantemente lenta, desesperantemente pertinaz, sintiéndola rebotar en el tejado, deslizarse por los canalones, desflecarse<sup>87</sup> sobre el empedrado desigual de la calle. Y en el silencio de esta soledad total, siento surgir de lo hondo de mis entrañas una queja contra el egoísmo de la filosofía de mi vida solitaria. ¡Si tuviese algún afecto! ¡Si tuviese esposa e hijos!...

---

<sup>86</sup> \*Éste y los siguientes cuentos, algunos escritos recientemente para *Excelsior*, no formaban parte de la colección original que obtuvo el Premio Zóbel de 1925.

<sup>87</sup> Aquí Laygo traslada el sentido recto de la voz 'desflectar' a otro figurado en virtud de una comparación metafórica.



# La casa

## Vecina

por

Enrique K. Laygo

I

Nunca me he sentido tan espantosamente solo como estos días de lluvia lenta y pertinaz. Mi casa—esta casa que he levantado de frente al sol de la mañana—se ha llenado de sombras y a través de los cristales de mi ventana favorita, adivino borrado por la undulante cortina de agua su perfil señorial.

¿Por qué no decir la verdad? Por primera vez, siento vacilar la filosofía, quizá un poco egoísta, en que he fundado mi vida entera: nada de afectos, nada de complicaciones sentimentales que habrían, o de traicionarnos, o de verse cortados por algo más fuerte que la lealtad, que es la muerte, dejando en ambos casos su sedimento de amargura en el alma. Yo he sido siempre un sibarita y para paladear la vida, he querido alejarme de toda posibilidad de dolor... Por eso, con mis treinta y ocho años, vivo solo en esta casa que he levantado de frente al sol de la mañana, hoy sumida en sombras. Ni esposa, ni hijos. Yo sólo, con mis trofeos de caza, con

mis trofeos de *sport*, y sin más nota femenina en mi casa que una guitarra sugeridora de curvas de mujer.

Pero, ¡estos días! ¡estas noches! Nunca imaginé que la soledad humana pudiera llegar a esta ansia mía de gritar a veces, por sentirme acompañado siquiera por mi propia voz. Hora tras hora me paso pegado a los cristales de la ventana, viendo caer la lluvia desesperantemente lenta, desesperadamente pertinaz, sintiéndola rebotar en el tejado, deslizarse por los canalones, desflearse sobre el empedrado desigual de la calle. Y en el silencio de esta soledad total, siento surgir de lo hondo de mis entrañas una queja, contra el egoísmo de la filosofía de mi vida solitaria. ¡Si tuviese algún afecto! ¡Si tuviese esposa e hijos!...

Pero, bien pronto, a esta queja de mi alma o pone su reparo contundente la tragedia horrible de la casa vecina. Y me pongo a pensar que por grande que sea mi propia soledad, nunca lo será tanto como la soledad de ese hombre cuya sombra

Reproducción del original publicado en la revista *Excelsior*, 20 de julio de 1931, del ejemplar existente en la Biblioteca Histórica de Filipinas en el Museo Ayala.

Pero, bien pronto, a esta queja de mi alma opone su reparo contundente la tragedia horrible de la casa vecina. Y me pongo a pensar que por grande que sea mi propia soledad, nunca lo será tanto como la soledad de ese hombre cuya sombra he visto vagar día y noche, como alma en pena, en la sala desierta de la casa vecina. Hondo escalofrío recorre mi cuerpo mientras rememoro...



Si escogí este sitio para levantar mi casa fue por su aislamiento. Alejado de la ciudad, no parece sino que está dejado de la mano de Dios. Para llegar hasta aquí, hay que pasar por puentes medio destrozados, por caminos llenos de baches y hondonadas. Apenas hay caserío. No hay más calle que la de enfrente, por la que nadie transita nunca. Levanté mi casa sobre un altozano para desde allí alimentarme a mis anchas de aire y de sol. ¡Dios, cuántas veces me he sentido renovado, rejuvenecido, bajo la caricia solar, llenos de oxígeno puro mis pulmones, de pie en esta loma erguida sobre el exiguo caserío de *nipa*! Pero en aquellos momentos de plenitud y hartura de paz, a veces me asaltaba el temor de que alguna vez, alguno invadiese mi soledad y me robase la quietud campesina que me rodeaba por los cuatro costados.

Un día, mi miedo —¡miedo horrible!— hubo de confirmarse, pues vi que unos hombres empezaban a desbrozar el solar de enfrente. ¿Sería para sembrarlo de cualquier cosa? ¿Sería para levantar frente a mi casa otra casa? Fui siguiendo uno a uno los movimientos de aquellos hombres y pasé por alternativas de esperanza y desaliento, viendo cómo a veces parecían marcharse los hombres definitivamente y otras, aumentarse en número. Llegó el momento en que ya no era posible duda alguna. Iban a levantar una casa, pues venían carretones de piedra y venían camiones llenos de madera y de zinc... No describo mis angustias de aquellos días; la infinita desilusión de ver mi soledad

invadida, de sentirme sustraído al pleno goce de mi buen sol y de mi buena brisa.

Entretanto, la casa iba surgiendo, cada día más completa. Primero los *barigues*, luego el techo, después los travesaños, las soleras... Los lados se fueron rellenando y amaneció un día en que ya no pude ver el campo del otro lado. Lo tapaba la casa ya entera, con paredes, con ventanas, con cornisas, con puertas...

No quise ver más. Me encerré en lo más íntimo de mi propia casa y hasta, para aislarme más, colgué cortinas tupidas de mis ventanas. Pero siempre, a todas horas, me perseguía el ruido sordo con que los carpinteros iban clavando clavos en la casa de enfrente...



El día del traslado de mis vecinos, me dejé vencer de la curiosidad. Sí, después de todo, era inevitable su presencia, no perdía nada con saber qué tipos iba a tener por vecinos. Pero, apenas los pude ver. Venían en un automóvil y, a impulsos del afán de verse enseguida dentro de la casa nueva, casi a saltos salvaron la distancia entre la calle y la escalera. Un hombre, una mujer, un chiquillo de cortos años, dos o tres criadas tal vez. Y nada más. Ah, sí; detrás, dos camiones atestados de muebles, entre los que sobresalían un piano, un tocador moderno, un par de aparadores. Muebles caros, de lujo, nuevecitos...

¡La diferencia que puede haber entre una casa deshabitada y otra llena de gente! La casa vecina pareció adquirir vida y días hubo que creí asomarse a sus ventanas abiertas, casi visible de tan clara, el alma saltarina que debía andarle por dentro. El cambio no estaba precisamente en el ruido, en el piano, en la chillona voz del chiquillo que debía estar lleno de travesuras. Más bien lo estaba en algo indefinible, una sutilísima vitalidad palpitante que hinchaba todos los rincones de la casa aquella. Más adivinaba que veía una compenetración tal entre los moradores de la casa, sin excluir a la

servidumbre, que inconscientemente comparaba a la vida en aquella casa con una canción bien llevada.

En los días de sol, mis vecinos se dedicaban a cultivar un minúsculo jardín y me complacía en ver —adivinar más bien— cómo a veces, marido y mujer, disputaban sobre cómo habían de estar distribuidas las plantas. Pero las disputas eran tan dulces, tan —aunque parezca una paradoja— sin disonancia, que llegaba yo a contener el aliento esperando oír el chasquido de un beso para matizarlas. Después, vuelto en mí de estas observaciones, me indignaba de mí mismo, en mi interior, porque comprendía que en el fondo, aquello que me ocurría era envidia. ¡Santa envidia de la felicidad aquella, tan manifiesta, tan palpable que materialmente la veía llenar la casa, expandirse hacia fuera, nutrir el aire, la claridad, hasta las sombras de la noche!

A solas, a veces suspiraba. Y miraba mi guitarra muda, tan sugerente de curvas de mujer...

¡Amores!... ¡Afectos!... Quizá estuviese muy equivocado al querer huir de ellos, por si me traicionaban o los veía cortados por algo más fuerte que la lealtad, como la muerte.

## IV

De pronto, una mañana, sentí gravitar sobre mí el peso opresivo de un presentimiento. La casa vecina estaba muda; la casa vecina parecía envuelta en el aire recatado de alguna desgracia. No sé por qué hay veces que un hombre agudiza tanto su intuición que ve más de lo que ven los ojos. Aquella mañana hubiese jurado que sobre la casa vecina veía yo proyectarse la sombra de algo irreparable e inevitable...

Así fue en efecto. Mi criado leal —única persona que me acompañaba en mi voluntario destierro— me dio la noticia:

—La señora de enfrente, que está muy enferma...

La noticia fue para mí un golpe tremendo. Sabía que detrás de aquella repentina enfermedad, cuya naturaleza ignoraba, vendría la muerte. Fatalmente, inexorablemente. Era como si yo leyese en el futuro. Y juro que no hubiese sufrido más si se hubiese tratado de mi propia hermana. ¡Pobre casa aquella, que se volvería muda y silenciosa, agobiada bajo el peso de la desgracia inmensa! ¡Pobre felicidad aquella, tan de ayer y condenada ya a morir tan trágicamente!

Sentí pasar los minutos, las horas, preñados de angustia. A cada momento, llamaba a mi criado para averiguar el curso de la enfermedad. A la madrugada, la buena mujer había tenido un ataque del corazón, leve al parecer; luego, se repitieron los ataques hasta que, ya mediado el día, los médicos tuvieron que decir al marido la tremenda verdad; era imposible salvarla de la muerte...

Y aquella noche murió en efecto.



La enterraron al día siguiente. Yo vi el ataúd llevado en hombros, seguida de unos cuantos parientes y amigos. Pero por mucho esfuerzo que hice —tuve que ponerme de pie sobre una silla para ver mejor— no alcancé a ver al marido. Pero sí, vi al chiquillo y aquella desmembrada figura, toda de negro, con los ojos secos pero llenos de extrañeza, como si nada comprendiesen, puso en mi garganta un nudo. Seguramente, ya nunca volvería a verlo dando saltos por el jardín en miniatura, trepando por las columnas, llenando de voces la casa. Ya para siempre, en su alma quedaría clavado el recuerdo del día aquel en que viera a su pobre madre pálida e inmóvil, llevada en hombros de unos extraños, para no volver ya jamás...

Y ¿el pobre hombre de la casa vecina? Desde entonces lo veo ahí en la casa de enfrente, vagando día y noche como alma en pena y a veces, clavado en la ventana, con los ojos hundidos en el minúsculo jardín, hoy entristecido por el abandono, sin darse cuenta de nada,

ni siquiera del pobre chiquillo que se le queda mirando con unos ojos muy tristes, muy llenos de extrañeza.

¿Mi soledad? ¡Qué tiene que ver con la soledad que sentirá ese pobre hombre, después de haber conocido una tan honda pero tan breve felicidad!

## VI

Cae la lluvia, lenta, y pertinaz... La siento rebotar en el tejado, deslizarse a lo largo de los canalones, desflecarse en el empedrado desigual de la calle. Mi casa está sumida en sombras. En torno mío, envolviéndome como una caricia larga y fría, sólo siento mi soledad. A veces, se apodera de mí una ansia invencible de gritar, por sentirme acompañado siquiera por mi propia voz.

Pero cuando, a través de la cortina ondulante de agua, veo el perfil borroso de la casa vecina con su dolor adivinado, se reafirma mi antigua filosofía. No, no; nada de afectos, nada de complicaciones sentimentales. Quizás no traicionen pero día habrá de llegar en que a su lealtad se imponga la muerte. Y entonces...

¡Mi soledad, por muy grande que sea, nunca será tanta como la del dueño de la casa vecina!